

PREMIO ITALIA MORAYTA POR TRABAJOS DE INVESTIGACIÓN A ANA MORALES MARÍN

EL INTÉRPRETE EN SITUACIONES DE EMERGENCIA

“Trabajé en el caso de una niña con leucemia que vino a España para someterse a un ensayo clínico, pero el tratamiento no funcionó y tuve que interpretar cuando el médico se lo anunciaba a los padres”, cuenta la intérprete. La escena era dramática: los padres lloraban, el médico estaba abatido por la tristeza, pero ella se sostuvo en su imparcialidad y profesionalismo. “Me costó mucho aguantar. Cuando tuvimos una pausa, pedí permiso para salir al baño, bajé a la calle y me eché a llorar desesperadamente mientras no me veía nadie”.

Cuando se habla de interpretación, normalmente se piensa en un conferencista disertando ante un público que, con los audífonos puestos, colma una sala, mientras en una pequeña cabina un par de personas se afanan, en el anonimato, por traducir de manera simultánea sus palabras.

Sin embargo, Ana Morales Marín, ganadora del Premio Italia Morayta al mejor trabajo de investigación, se dio a la tarea de estudiar otro aspecto de la interpretación y de sus profesionales, aquel que se desarrolla en condiciones extremas como desastres, atentados, migración forzada, interrogatorios policiacos, consultas médicas, etcétera —el trabajo del intérprete en los servicios públicos, también conocido como intérprete de enlace o comunitario— y las consecuencias para su salud ocasionadas por traumas o síndromes que pueden afectar su vida laboral y personal.

En su investigación “El impacto psicológico en el intérprete en situaciones de emergencia”, presentada como tesis de maestría en la Universidad de Alcalá, Ana Morales destaca las características de la

interpretación en los servicios públicos: un contacto directo y espacio compartido entre el intérprete y los interlocutores; la bidireccionalidad de esta relación; la diversidad de contextos; lo imprevisible y variado de la temática; la imposibilidad de tomar notas; los automatismos conversacionales, la comunicación no verbal y el lenguaje espontáneo y coloquial de los interlocutores y, por supuesto, las diferencias culturales entre ellos.

El intérprete de enlace se verá afectado cuando trate con usuarios con los que se sienta identificado y con quienes hayan sufrido situaciones violentas y traumáticas o sean presa de ansiedad. Por ello es indispensable controlar las emociones pues, si se implica demasiado, verá afectados su control y valor, su seguridad, confianza, estima e intimidad.

La autora repasa con detenimiento los diferentes síndromes y trastornos que afectan al intérprete de enlace y a los usuarios de sus servicios. Por ejemplo, entre los inmigrantes figura el trastorno de estrés postraumático —la ansiedad producida después de que la persona sufre u observa un acontecimiento altamente impactante— que también repercute en el intérprete porque, al contarla, la persona afectada revive constantemente su experiencia.

Otra de las afectaciones entre los inmigrantes es el “síndrome de Ulises”, producido por el estrés de llegar a un país nuevo, con una cultura y costumbres que le resultan ajenas. Este síndrome en el inmigrante también puede tener consecuencias en el intérprete, sobre todo si ambos comparten orígenes o vivencias.

El “síndrome del vicario” es un riesgo laboral común en los intérpretes que trabajan en los servicios públicos y consiste en que los profesionales comienzan a interiorizar el dolor de la víctima, combinándolo con sus propias experiencias traumáticas. Suele aparecer

cuando los profesionales extrapolan a sus familias una situación en la que han trabajado.

También se ha observado que el personal encargado de gestionar una catástrofe o cualquier otra situación límite sufre el síndrome de *burnout*, o "agotamiento profesional", y se ve saturado y extenuado física y mentalmente.

Por todo lo anterior, los intérpretes de los servicios públicos deben tener presente y estudiar cómo se expresa el dolor en las culturas de los inmigrantes; las creencias sobre las causas de su tragedia; qué manifestaciones externas son las esperadas y las permitidas en cada miembro de la familia; cómo se expresa el luto; qué está mal visto hacer o decir, y el papel de la religión.

Morales Marín también aborda el tema de los intérpretes que trabajan con niños y que frecuentemente se ven en la necesidad de dialogar directamente con ellos o asesorar culturalmente a quien lo hace. Destaca que en esos casos lo más importante es no mentirles; no usar eufemismos, o usarlos lo menos posible; no dar falsas esperanzas; no relacionar la muerte con el sueño, y no esperar mucho para dar las malas noticias. Recomienda que los intérpretes que se desempeñan en estas situaciones recurran a la ayuda de expertos para atenuar los impactos psicológicos de su trabajo.

Como parte de su investigación, la autora también realizó entrevistas para averiguar qué es lo que más perturba la labor de los intérpretes de enlace, y no le sorprendió encontrar que empatizar con los problemas y el dolor de las personas a las que prestan servicios les provoca tristeza y preocupación, y que en muy pocas ocasiones trabajan en situaciones positivas. Aunque la mayoría de los encuestados sabe que el estrés incide en su desempeño y su vida cotidiana, desconocen síndromes como el del vicario o el de Ulises, y no han solicitado ayuda psicológica ni tampoco se la han ofrecido.

La investigadora sugiere utilizar el método *debriefing* para aliviar el estrés que se ha sufrido tras una situación de emergencia mediante la expresión de los sentimientos y pensamientos acerca de lo que se ha vivido; la comprensión de que las reacciones que se tienen son algo lógico y común; el apoyo en grupos que se han visto implicados en situaciones similares. Atender estos factores permitirá prevenir posibles secuelas psicopatológicas y consecuencias negativas, así como detectar quiénes son las personas más afectadas para poner a su disposición una ayuda psicológica específica.

La experiencia demuestra que, tras una situación traumática, puede resultar útil seguir hábitos como investigar o repasar la información que ya se tenga sobre los traumas y el estrés; hacer ejercicio; mantener el ritmo de vida habitual; organizar la jornada de trabajo para tener momentos en soledad; darse tiempo para hablar de lo que ha ocurrido; encontrar actividades para relajarse, y descansar lo suficiente.

Ana completa su investigación indagando si esta temática está presente en la enseñanza universitaria española. Los profesionales a los que abordó aseguraron que los estudiantes sólo reciben clases teóricas acerca del impacto psicológico, pero que en el aula no se realizan ejercicios prácticos que les ayuden a conocer mejor las situaciones en las que trabajan. Señalaron, además, que es muy negativo para la profesión pensar que sólo por conocer dos idiomas ya se puede ser un buen intérprete, aunque no se tenga la preparación formal necesaria. Asimismo, propusieron diversas ideas para manejar las situaciones extremas: organizar talleres de gestión del estrés emocional, formar a los estudiantes en la gestión del duelo, y compartir experiencias al respecto, en particular los intérpretes más experimentados que tienen blogs o páginas web.

Para la autora es muy importante que en las facultades de traducción e interpretación se enseñe, por un lado, que no todos los tipos de interpretación son iguales ni se dan en los mismos escenarios y, por el otro, que se otorgue el debido reconocimiento a la interpretación comunitaria o de enlace. Si esto se asimila correctamente, se estará dando un paso muy importante en la comprensión cabal de la interpretación y se ofrecerá la oportunidad al alumno de que conozca, comprenda y aprecie algo más que la interpretación de conferencias. La investigación completa se puede consultar en la página de la Fundación Italia Morayta: www.italiamorayta.org